

la historia es la verdad indiscutible de las evoluciones y de las series á que toda idea, como toda vida, se halla sujeta. Término medio entre Asia y Europa, la emancipación de la mujer, como la emancipación del hombre, pasan allí por una serie de puntos y de grados, desde su comienzo hasta su plenitud, que hacen muy diversas y muy varias las condiciones sociales. Diferénciase mucho la mujer eólica, que vemos ahora en el tipo de Safo, de la mujer dórica ya vista en el tipo de Gurko, y de la mujer jonia que constituye, digámoslo así, la gran característica del sexo femenino en Grecia. Dorios y jonios se dilataban por los archipiélagos griegos y por la tierra firme. Había dorios peninsulares y había dorios insulares, como había peninsulares é insulares jonios. La mujer jonia, parece imposible, había conservado más el sello asiático y oriental que todas las otras entidades múltiples de su familia y de su raza. Y cuando Atenas llegó por su poesía individualista, por su estatua singular y aislada, por su ciudadano libre, por su democracia gobernante, por sus instituciones populares, por su razón independiente, por sus ciencias dichas al aire libre, por sus artes de redención y de progreso, á desasirse del molde asiático á ella tan contrario, no extendió este mismo carácter á la mujer, quien respetada, muy respetada en el hogar, no tuvo en público la

debidamente influencia, la que á su sexo corresponde por derecho propio; así en todo el organismo de los seres colectivos y en todos los actos de la vida pública se dejó tristemente sustituir por la infeliz y rebajada hetaira. No hay que hablar de los hogares, no, hay que hablar de las asambleas. En privado, la mujer gozaba de grandísimo influjo sobre los atenienses como individuos; pero en público, no sucedía, no, así. Y la mujer embellece la reunión y asamblea de gentes como en la vida particular y privada. De la clausura en que las mujeres legítimas allí se hallaban, surge naturalmente influencias como las influencias increíbles de Aspasia y de otras célebres mujeres. En el gran discurso, en el maravillosísimo discurso atribuído por Tucídides al inmortal Pericles, obra incomparable de la elocuencia griega, y que ha quedado como el Partenón de Atenas y como la Venus de Milo, entre los modelos inmortales, háblase de todo menos de la mujer. El legislador, que ha promulgado los códigos; el guerrero, que ha caído en los campos; los oradores, que han puesto emociones en las almas; los oyentes, que siguen el elogio de los ajenos y de los lejanos, los progenitores ilustres, las razas habitadoras de aquel país inmortal, la herencia de los padres, los deberes de los hijos, la república, las empresas republicanas, los combates opuestos á los

bárbaros y á los déspotas, las instituciones políticas, las costumbres públicas, la superioridad del mérito personal sobre la estirpe antigua; la rectitud en la gestión del negocio político; los juegos phíticos, los sacrificios anuales, el extranjero que adviene á la puerta de Atenas; la organización militar y su paralelo con la espartana; el gusto de lo hermoso con medida, el amor á la filosofía sin molicie; la compatibilidad entre los cargos públicos y los trabajos diarios, el reconocimiento, la generosidad, el elogio de Atenas, por quien los héroes han muerto, sin soltar, aun después de caer, las armas; los mártires inolvidables; la juventud y su educación; todo pasa de aquellos á nuestros maravillados oídos sin que la sencillez dañe á la profundidad ni á la elocuencia la llaneza. Y cuando ya de todo esto hablara, se recoge, y recuerda que también podría de las mujeres hablar, y les dice que su mayor victoria consistiría en no alcanzar jamás, ni para bien ni para mal, fama entre los hombres.

La reclusión de la mujer propia obligó al griego con triste obligación á esas compensaciones, de las cuales resultan en las ideas inmoralidad y en las costumbres perversión. La mujer conviene al hombre, no solamente dentro del hogar, inconcebible sin su presencia, conviene al hombre tanto y más en la sociedad y en la vida externas. Notad cómo los

pueblos de harén, obligados por las exaltaciones de sus sentidos y por los rencores de sus celos á ocultar las mujeres, ni tienen públicas asambleas, ni tienen teatro público, admirables manifestaciones del humano espíritu. Las razas arias comprendieron mejor que las razas semitas el ministerio de la mujer en el mundo, y asociaronla por instintos superiores de su complexión á todos los actos capitales de la vida social. Entre los indios antiguos, nuestros primeros padres, no solamente la mujer participó de la divinidad en sus teogonías, participó del sacerdocio en sus templos. La bayadera danzaba en torno de los altares, como los astros en torno de los dioses. Coronadas de flores y vestidas de gasas, parecían surgir de los aromosos cálices como las abejas y las mariposas, ó descender del iris envueltas en sus colores y matices. La danza, con tales caracteres, tenía mucho de científica por su lado matemático, y mucho de inspirada y artística por la espontaneidad maravillosa y concertadísima de sus movimientos. Pero lo que más digno de aplauso nos parece ahora, mirando el movimiento de la humanidad en sus actuales términos, es la noble asociación del sexo bello á la vida religiosa, que constituye la vida principal entre los indios. Naturalmente, las razas arias conservaron á una, en el día de su esplendor más nuevo y de su explo-

sión más alta, el culto á la mujer, y la hicieron sacerdotisa en el hogar. Pero Atenas temió llevar este culto mismo á la plaza pública. No lo temió Eolia. Más profundamente aria en esto que los jonios continentales, dió á la mujer aquella participación, así en las fiestas como en las artes públicas, correspondiente con su providencial ministerio y con sus finalidades sociales. Atenas carece, por su desgracia, de aquellas mujeres que ilustraron y ennoblecieron á los jonios del Asia Menor y á los dorios del Peloponeso y de Sicilia. En esta parquedad, los atenienses, tan ricos de tesoros intelectuales y morales, apelaron á un extraño desquite, burlándose de las mujeres artistas, de las mujeres poetas, de las mujeres poderosas é influyentes, como se burla muchas veces con gracia el ateniense moderno, el parisién, de tantas bellezas como pululan por las reuniones públicas en demanda y reclamación del voto, del fusil y del gobierno para su sexo. Mas no pararon las ironías y sátiras en burlas ridiculizadoras, pero inocentes, no; subieron á mayores. Calumniaron públicamente y por toda una eternidad, con su ingenio inextinguible, á las mujeres superiores de otros pueblos. Y como quiera que Safo brillara entre todas superiormente, atribuyéronle vicios infames, cual tantas veces las sectas y partidos suelen hacer, por desgracia, con sus enemigos im-

placables, en las horas del combate. Safo, primera entre las mujeres eolias, presidía un coro de musas, como lo preside un Apolo en el Parnaso. Y al tañer su cítara, solía loar á sus compañeras como á las flores del campo, como á las estrellas del cielo, como á las corrientes del manantial, como á las luciolas del aire, como á los aromas del cáliz, como á todo cuanto ama el arte, sin que tal amor signifique fiebre del pensamiento y delirio del sentido, cual ha supuesto una criminal y redomada malicia.

Safo aparece á la posteridad como representante del amor infeliz. Después de haber despreciado al gran poeta y compatriota suyo que se llamó Alceo, como ya hemos visto, enamoróse de un joven robusto y hermoso, por el cual vivió triste y anhelante los últimos años de su vida y acabó suicidándose allá en los mares de Leucades. Tal historia se ha sobrepuesto con sobreposición tan grande al nombre de Safo, que no pueden dividirse y separarse una de otra. Los cómicos griegos del siglo cuarto contribuyeron mucho á esparcir y acreditar este rumor tradicional que reemplazó la verdadera historia é hizo de Safo el personaje grabado ya tan de relieve y por tantos siglos en el sentir común humano. La poesía, que todo lo idealiza de suyo, naturalmente nos ofrece hoy Safo tan casta como una virgen, tan bella como cualquier nereida de

los mares griegos, tan inspirada como las musas dentro de cuyos coros está, envuelta en la túnica de blanco lino, con el *peplum*, semejante á la égida hermosa de Minerva en el pecho, su manto azul á la espalda, su coturno trágico á los piés, en una mano la cítara y en la otra el plectro, la cabeza de laureles délficos ceñida y atrás echada, como buscando consuelos en el firmamento, con la pasión enrojecedora en el rostro, la oda eolia en los labios, de poetisas rodeada que acompañan sus cánticos, y con la peña de Leucades á sus piés, donde van á estrellarse las olas del mar que la reclaman para extinguir el fuego de su amor en el seno de la muerte. No la pintaban así ciertamente los poetas cómicos de aquella gentil Atenas, herida por la superioridad incontestable de Safo sobre todas sus mujeres. Para los cómicos Faón era un batelero de Mitilene muy fornido, robusto y poderoso, de animal hermosura, de fuerzas hercúleas, tras cuyos pedazos iba desalada por montes y por valles la musa del Parnaso eólico, provectora, menuda, pequeña, desdentada y asmática, presa de una pasión sensual que la ponía en ridículo como suelen todos los ardores con todas las viejas, y que concluyó matándola por haber tocado ella misma las infames ridiculeces traídas á su nombre por los amores á Faón, tan desdeñoso é ingrato.

Y ni siquiera por su originalidad brillaba la fábula esta. Los poetas cómicos habíanla copiado literalmente de los amores atribuidos á Venus y Adonis. Personificando éste la floescencia en Abril, debía naturalmente acariciarlo el amor. Adonis es la primera flor del almendro, el primer brote de la yema, la mota que comienza el nido, la hojilla que verdea en el árbol, el cántico de los arroyuelos desligados de sus heladas prisiones, la golondrina que llega, la niebla que se va, el gusano larva tomando alas pintadas, el primer circulillo de los panales en las colmenas y el primer depósito de miel ¡ah! la primavera tan propicia para las primeras floescencias del año y para las primeras explosiones del amor. Los griegos, que lo personificaban todo, personificaron también este florecimiento de la naturaleza en robusto y hermosísimo joven, que andaba desnudo por montes y por valles sobre cimas y cumbres, bajo follajes y ramas, entre los coros de las aves y los saludos de las flores, persiguiendo á los brutos salvajes en una cacería sin término y sin fin. Venus se ha enamorado de él, y á todas partes le sigue; pero el hermoso joven huye á la diosa y busca la fiera. Venus, la más delicada, la más tierna, la más sensible, la más débil, ó sea la más mujer de todas las mujeres, aunque diosa mayor, le sigue por los montes, y clavándose las espi-

nas, tñíelas con su sangre, de cuyo rojo color nacieron las rosas. Esta pasión de Venus por Adonis, y los desdenes de Adonis á Venus han pasado en el arte desde los bajorelieves antiguos á los hermosos cuadros modernos. Nuestro museo de Madrid guarda un Ticiano espléndido, en el cual, desnuda la diosa, cuyas carnes brillan como un prodigio de coloración y de luz, intenta retener, á la sombra de amplio árbol, su joven amado, que, por la jauría de los perros presidido, se despide y se va en pos de su presa. He aquí la obra del teatro antiguo respecto de Safo: una parodia del amor de Venus por Adonis y de sus persecuciones al joven cazador. Sólo que Adonis es aquí un marino y Safo es aquí una vieja. No hay que hablar más. La fuga del robusto nauta, esquivándose al amor de una deforme anciana, á quien le falta la dentadura y le hiede la boca, resulta de un ridículo acabado y de un cómico perfecto.

Sin embargo, la sátira en acción, que se llama comedia griega, no logró ridiculizar á la poetisa. La música, la pintura, la elocuencia, el teatro, hanla devuelto con creces una gloria que quisieron arrebatarle de consuno envidia y malicia. La corona del martirio ciñe sus sienes. Un amor merecido por tantos y tantos dones como del cielo recibiera su desgracia en vida, concluye siendo su apoteosis

en muerte y el resplandor más puro y más vivo de su inmortalidad. En vano el malicioso corrompido y corruptor Ovidio, en una de sus heroidas, repite las acusaciones lanzadas por la comedia sobre la mujer á quien desdeñara Faón. La isla de Lesbos, circuída por todas las bellezas del mar Egeo y ornada con todas las fecundidades propias de aquella bienhadada tierra, siempre aparecerá en el mundo como un pedestal de Safo. El salto de Leucades, por donde los griegos lanzaban sus reos de muerte al mar sosteniéndolos en aves ceñidas á su cuerpo, se ha purificado completamente de las manchas vertidas en él por sangre tan corrupta, y brilla hoy llevando como un faro inmortal en su cima el genio de Safo. Por consecuencia, todo cuanto hiciera el teatro antiguo para perder á Safo, le ha dado solamente suma de inmortalidad unida con aquella que le procuraron sus versos. Su hermano, la querida misma de su hermano, premiada con que le consagrara Heródoto un capítulo de su historia, prueban cómo Safo supo inmortalizar todo aquello que cerca de sus laureles y de su nombre se pusiera. Cantora del amor, expresivamente describió las angustias por donde pasa el alma enamorada, las fiebres propias de una sangre ardiente, la fijeza de los ojos en el objeto amado y la fijeza del pensamiento en su recuerdo, como al ver venir á

quien se ama parece un Dios, y el oído se abre para recoger las palabras caídas de sus labios, las cuales producen aturdimientos en la cabeza, latidos en el corazón, hasta el extremo de sobrevenir una especie de increíble deliquio en que falta la voz y agarrarse al cuerpo todo una especie de fuego sutil que abrasa la piel, transfundiéndose un sér en otro sér, como se transfunden las aguas, que los riegan, por los árboles, y se pierden los ríos, que le tributan, por el mar. La mujer que así ha descrito el amor, si por el amor ha muerto, por el amor ha sido también immortalizada en la historia.

El recato de la inspirada mujer, á pesar de tantas calumnias como han llovido sobre su nombre, llegó al extremo de no mentar jamás, sino por alusiones muy embozadas y muy dobles, al joven á quien prefería y amaba. No, no se descubre, si hemos de atenernos á los fragmentos que restan del maravilloso trabajo suyo, requerimientos como los dirigidos al mozo Adonis por la diosa Venus. Alguna vez habla de un joven á quien se uniría, si de veras la pudiese amar. Pero ningún indicio, ninguno, justifica la invención de los cómicos griegos referente al batelero de Mitelene. Safo no ha nombrado jamás á Faón. Enamorada, porque las melodías de amor despedidas de sus cítaras así han llenado los aires como los corazones, y la fan-

tasía pública, esa especie de sentimiento estético popular, que tales y tan hermosas leyendas produce, halas en los mares de Leucades anegado, por creer la tradición que allí, en aquellas aguas, se apagaba y extinguía el amor. Los fragmentos en que más viva está la pasión de Safo son aquellos consagrados á la incomparable Afrodites para pedirle no la pierda y acabe anegándola en las tristezas y en los dolores del amor, y la socorra más bien, cual hiciera en otro tiempo, bajando en su carro de oro tirado por palomas para preguntarle, después de haberle sonreído con su inmortal sonrisa, qué le había pasado, cómo se afigiera y cuál consuelo podía ella procurarle alguna vez en sus amorosas aficciones. La visión de Safo, aunque aparezca vaciada en el blanco y brillante mármol de Paros, por las canteras de Grecia reluciente, y dibujada en aquellas líneas armoniosísimas como una cadencia de sus odas, no por la claridad completa del efecto y por la perfección maravillosísima de las formas, deja de ser una de aquellas visiones místicas, alcanzadas por los estáticos entre los arrobamientos y los deliquios de un amor sobrenatural y divino. Safo lleva tan lejos, en el tormento de sus pasiones y en el asalto de sus fiebres, la consideración á sí misma, que se guarda muy bien de dirigir, no ya recuerdos, quejas, al jamás nombra-

do objeto de su amor. Si la huye por todas partes él, mientras ella lo desea y lo persigue; si le ofrece dones, aunque los rechace; y espera en su amor, aunque la desame; y le habla con empeño, aunque no la escuche, porque su corazón está henchido de tempestades y aquejado su ánimo por una exaltadísima demencia que la llevaría de seguro á lanzarse loca en brazos del sér amado si no la retuviesen sus pudores, díceselo á la divinidad Afrodites, para quien abre las entrañas de su corazón, mostrándole con franqueza los secretos más hondos y recatados de su vida. Pero en toda esta confesión, dirigida por Safo á la diosa, el pudor y la delicadeza propia del pudor la retienen cuanto podían retenerla en aquellos tiempos y en aquellas costumbres. Entonces una mujer decía con sinceridad á un joven: «colócate cerca de mí para que vea bien la gracia centelleante y animada en tus ojos,» sin que nadie pudiera escandalizarse. Lejos de aparecer Safo, cual ha querido la comedia presentárnosla en sus desquites rencorosos como una gata que va maullando por los techos en busca de su desdefioso amado, aparécese, al término de su vida, como una mujer proveya y madura que, viéndose, á causa de circunstancias bien ajenas á sus prendas personales y á sus encantos físicos, requerida de amores por un joven, le dice que busque otra mujer

más conforme con su edad, indudablemente porque muy machucha ya ella, no quería entrar como esposa en una casa donde por sus años bien hubiera podido entrar como madre. Los epitalamios por Safo compuestos y las demás poesías eróticas enseñan bien á las claras cómo sintió, con qué fuerza, el amor. En ella empiezan esas comparaciones de sarmientos abrazados en las viñas á los olmos para indicar cómo enlazan unos brazos amantes. Ella compara el rostro virgen y puro, no desflorado por ningún beso, á la poma rojiza que se ha quedado intacta en lo alto de un árbol; ella encarece los amores de un matrimonio feliz comparándolos con la flor que su dueño cultiva en el cercado propio, bien diversa del jacinto que los viajeros pisan bajo sus descuidados y groseros piés, símbolos del amor público y libre. Así, pues, ninguno de los versos escritos por Safo autoriza las fábulas injuriosas divulgadas por los cómicos atenienses, antes demuestran bien claramente cómo no tuviera el amor antiguo intérprete de suyo tan inspirado como esta incomparable poetisa.



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Ceres.....	5
Dafne.....	59
Helena.....	97
Medea.....	193
Gorgo y las mujeres dorias.	265
Atossa.....	327
Safo.....	371

